



# EL ECO DE CARTAGENA

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 11334

AÑO XXXIX

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

JUEVES 17 DE AGOSTO DE 1899

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jozes, Faubourg-Montmartre, 31.

## LO DEL DÍA

La Junta local de Sanidad ha aconsejado al Alcalde lo que se debe hacer en estas circunstancias en que una epidemia amenaza de cerca.

Por lo pronto se ha cerrado el paso al vapor «Echo», que procedía de punto epidemiado, y se le ha sometido á observación. Después se hará lo que el gobierno quiera; y ó bien se mantendrá la incomunicación del buque, sino hay novedad á bordo, ó se enviará á fazarato suelto si se alterara la salud de la tripulación.

Por lo demás, aconseja la Junta que se haga una campaña sanitaria en la ciudad y en las diputaciones, pues estriba en la higiene que la epidemia no encuentre el terreno abonado para estallar con fuerza si por nuestra desdicha nos visitara.

Seguramente no se á perdido el consejo. El Sr. Sanz, que se ha preocupado desde el primer momento con estos asuntos de la salud pública y que ha demostrado hace poco tener gran carácter y voluntad de hierro, seguirá el camino emprendido con igual estereza, sin contemplaciones, porque ante la salud pública, que es el interés supremo de las sociedades, toda blandura constituye una falta que puede ser grave.

Se necesita hacer limpieza general. En el interior de la población y en los suburbios, hay focos insalubres que reclaman la escoba, viviendas imposibles en las que viven hacinadas multitud de personas faltas de cuantos elementos se requieren para conservar en equilibrio la salud. Junto á los caminos más frecuentados, inmediatos á los ramales del tranvía, hay estercoreros y junto á ellos balsas de pego que jamás se limpian; y si en todo tiempo producen calentu-

ras, juzguese qué serían tales vicinidades si por desgracia la peste bubónica tomara carta de naturaleza entre nosotros.

Todo eso reclama una limpia y esperamos que el Sr. Sanz la ordene y la Dirección de los servicios municipales la ejecute.

Pero no debe ser tarea sola de los Sres. Sanz y Cándido la cuestión higiénica. Algo deben hacer en esa cuestión los vecinos, pues á todos toca procurar que la salud no sufra alteración. La inspección higiénica puede extenderla el alcalde hasta los domosilios; mas si los dueños de éstos se ocupan en tenerlos con arreglo á la higiene, el trabajo será menos penoso para la autoridad.

A limpiar pues y fuera temores. A denunciar focos insalubres que son los que hacen daño. A poner en conocimiento del Alcalde los depósitos de basuras, los criaderos de animales y tantas otras cosas del mismo jaez que existen, ¡parece mentira! dentro de murallas!

Es preciso que sea verdad la inspección que se monte. Que no haya alropellos, pero que no haya abusos ni sobreviva un solo privilegio. La suprema ley no los coniente y los encargados de velar por ella no deben tolerarlos.

## TIJERETAZOS

Los carniceros de Valladolid se han constituido en sindicato y han elevado el precio de la carne.

Y hablabamos de regeneración! Y deciamos que el Sr. Villaverde... nos sitiaba por hambre.

Al menos el ministro lo hacía por interés de la patria.

Pero los carniceros de Valladolid lo hacen por interés de sus bolsillos.

Suponemos que el alcalde de los vallisoletanos pondrá freno á las codicias de esa gente, y por si acaso persistieran en sus trece,

esos tan aprovechados industriales carniceros, ya les habrá preparado una buena competencia que los deje oscurantados.

Dice un periódico:

«Telegrafían de Pontevedra que en la madrugada de ayer explotó una bomba en el sótano de la casa del marqués de Riestra.

La detonación fué oída en casi toda la ciudad y produjo gran alarma en el vecindario.»

Y añade luego:

«Se supone que se trata de un cohete de los comunes.»

Vamos si; en el sótano de la casa del marqués de Riestra han encendido un fósforo de trueno.

Y quién sabe si será últimamente de silencio y sin humo.

Caballeros, no empujar, ni extremar la información, que con la exageración solo se logra asustar.

Y no está bien que vivamos hoy con el alma en un hilo, teniéndonos casi en vilo la epidemia que esperamos.

¡Ajaja!

Ahora resulta que el general Martínez Campos no ha hecho declaraciones.

Ni siquiera ha abierto la boca.

De donde resulta, si se dá crédito á la negativa, que los que dijeron que habían pido al general, no entendieron palabra ni supieron lo que se decían.

Bien empleado les está.

¿Quién les mete á ellos en camisa de once varas para hacer el juego á quien lee ha de pagar con un mentís?

## EL MUÑECAS

(CUENTO)

Había empezado la carrera como todos: de golfo, vendiendo periódicos, lapiceros y juguetillos, tomando puesto en las colas, escurbando en los basureros cuando andaba la cosa mala, pidiendo limosna si marchaba peor, comiendo las sobras del rancho y durmiendo ó en las cuevas del Retiro ó en el quidío de alguna puerta.

Después fué creciendo y pasando por todos los registros del alano, llegando á ser un consumado timador á los 18 años.

En su vida criminal no había sufrido condena alguna por robo, gracias á la habilidad de sus manos y á la ligereza de sus pies, no teniendo que contar, entre sus cargos penales, mas que varias quincenas por blasfemo, y alguna que otra paliza por apachesas en la prevención.

En una causa se había visto envuelto, sin embargo, y no por robo, sino por lesiones y desobediencia á la autoridad.

Un día el fiscal de S. M. denunció un periódico de oposición. Una pobre infeliz que seguramente era la primera vez que lo vendía, á juzgar por su inexperiencia, comenzó voceándolo en la Puerta del Sol, cuando llegaron dos de la secreta y la arrebataron los números.

La vendedora se puso á llorar y se puso de rodillas, empezando á decir que la devolvieran sus veinticinco, que la habían prestado la peseta para comprarlos; que su hombre estaba con la reuma, que no podía trabajar... y viendo que los pollos no la hacían caso; los insultó grosera, desacompanata, frenética.

Entonces á brutales empujones quisieron llevarla á la Delegación; pero Muñecas, testigo de la escena, se lanzó sobre los agentes, y entablado con ellos desesperado pugilato, logró que la vendedora pudiera escaparse.

La poca vida de Muñecas y el Jurado le libraron de una fuerte condena, aunque no de varios meses de cárcel y de los estances que gubernativamente le administraron.

Muñecas se preparó. Ya había escogido la víctima. Calle adelante venía un caballero grueso, con la levita desahotonada, dejando al descubierto un magnífico chaleco blanco que reabría un prominente estómago. Sobre el blanco pique se destacaba una cadena de oro, chispeante bajo los rayos del sol. Aquel hombre, como decía un célebre abogado, iba provocando al robo.

Muñecas colocóse de espaldas en la misma acera que el caballero marchaba, y cuando por el ruido de sus pasos le sintió próximo, volviéndose, chocando ruidamente con él.

—¿Está V. ciego?

—Usted dispense.

—Podría V. fijarse... pues hombre.

Antes que Muñecas se hubiese alejado dos pasos, el otro apercibió la cadena suelta.

—¡A use!... ¡Guardias!

Muñecas había cometido la imprudencia de dar el golpe solo. No pudo correr el reloj, y al verse descubierto, tiró la alhaja, empujando vertiginosa carrera.

¡A use! ¡A use! gritaron transeúntes, porteros y comerciantes; pero ninguno se atrevió á detener al ladron, que había empujado una navaja de regulares dimensiones.

Una pareja de seguridad, tres ó cuatro desocupados y una turba de chiquillos perseguían á Muñecas. A un soldado que, bayoneta en mano, intentó detenerle, le tiró un viaje que si el militar no se aparta le hubiera costado caro.

Ganando ventaja á sus perseguidores, cruzó dos ó tres calles, cuando al doblar la esquina de la cuarta, apareció á pocos pasos de él un bebé tirando de un galletito de cartón.

El niño se quedó inmóvil, asustadísimo. De un portal cercano salió un grito horrible, desgarrador, de esos gritos que solo lanzan las madres, un hijo mío! que prosiguiera al de las entrañas de la que lo daba pisoteado por aquella jauría de bipedos.

Muñecas se paró en seco. Hizo un esfuerzo físico gigantesco, colosal, un esfuerzo que le destruyó los riñones y le obligó á recostarse en el muro con los ojos cerrados, los labios entreabiertos y espumarajaceos, el color livido y el sudor copioso.

Todo creyeron que se había cansado, que no había podido seguir más allá.

La madre, dando gracias á Dios por esta milagrosa coincidencia, dijo á su pequeño, señalando al rata.

—¿Ves? ves? Por malo.

Casi en vilo se llevaron los guardias á Muñecas.

Sobre su pálida frente parecía cerrarse un nimbo luminoso.

Madrid 21 Agosto 1899.

## LA PESTE BUBÓNICA

Ya la tenemos á la puerta de casa. No iban descaminados los que, como

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 548

LA PRINCESA DE LOS URSINOS 549

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 552

Y.

—No os creía yo tan audaz, Lesseps; habéis cargado una mina; y no sé hasta que punto estaremos seguros nosotros, mismos de su explosión.

—Como si lo viera; el correo que enviamos á París, llega á las Tullerías; pregunta por Mr. Chevallier, peluquero de su majestad; le lleva, le ve, le entrega la carta de parte mía; al señor Chevallier se le descomponen los ojos en cuando lea, porque huele un cabo que puede presentar al gran Luis XIV, y aumentar por su medio su favor: llegar á gentil hombre, á marqués; ya sabéis que tenemos muchos marqueses hechos por nuestro poderoso amo, que han sido mucho menos que peluqueros.

—Si, si, ya sé, dijo Orrí; hace mucho tiempo que se le está llevando todo el diablo; y no sé, no sé adonde vamos á ir á parar, como yo no sé adonde va á ir á parar nuestra carta, que podrá suceder no la conozca nadie mas que yo.

—Desenidad, desecuidad, mi experiencia no me ha abandonado un momento.

—Continuad, Lesseps.

—Como os decía, Chevallier, si ha pasado la hora del peinado de su majestad, de seguro busca un pro-

testo para hablarle; y una de dos: ó al sacar del bolsillo de su casaca su pañuelo, sale la carta, y se queda como perdida en la cámara real, ó á pretexto de un gran servicio á su majestad, se la entrega. El rey la lee ó la hace leer á Chevallier, se exteja á la ponderación de la hermosura de doña María, se irrita al saber que se le atribuyen dos nuevas bastardas, y de seguro llama á Mr. Amelot, y escribe tal vez por sí mismo á su nieto, mandándole mantenga á su lado y en su consejo á la princesa de los Ursinos; y que le envíe, no ya una, sino puede ser que las dos bastardas: esto nos dejará libro de inconvenientes; nos dará algun respiro.

—Si no es ya que el rey nuestro amo nos llame, á vos porque habéis escrito la carta, á mí porque soy mi secretario, nos encierre sin que se nos diga por qué, y se olvide después de que nos ha encerrado.

—Seguid escuchando, y vos determinaréis lo que os parezca.

—Escucho.

VI

—Las circunstancias en que nos encontramos, amigo Chevallier, son apremiantes: aquí no hay dos clases de hombres: ó viejos españoles, soberbios, de

necesita ser un poco audaz, y aun un mucho, para enviar tal carta á París: como si dijéramos, para meter una bomba de esta especie en el gabinete del rey.

—Os aseguro que el gran Luis XIV no verá mas que dos cosas, ó mejor dicho, tres: primera que Monsieur Amelot es torpe.

—¡Pobre Mr. Amelot!

—Suya es la culpa, cuando las cosas andan enredadas como por acá, lo mejor es dar cuenta de los enredos, y entregarse y confesarse ciego si no se puede dominar la situación. Segunda cosa que verá el señor rey nuestro amo, una gran doncella de treinta años, que apenas representa veinte, hermosísima, de gran talento y ambiciosa, que puede ser para él un retroceso hácia la juventud, al mismo tiempo que un peligro dejada por acá. Tercera cosa que verá su majestad priatijísima: la despedida de escorte de España de la princesa de los Ursinos, su presencia en Versalles, y la guerra, sorda entre la Maintenon y la princesa, que preveerá estremeciéndose. Resultado: su majestad reemplazará á Mr. Amelot, escribirá á su nieto, irá á Versalles doña María de Ayala, y tal vez tambien la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves; hará caballero el señor Chevallier, á pesar de sus pelucas; me dará